

# Filetes

Aníbal del Rosario

Por no tener que aguantar la bronca del capullo amargado de su jefe el lunes a primera hora, Tere salió pasadas las cuatro menos cuarto a pesar de ser un jodido viernes —el único día de la semana que podían salir antes—, para dejar terminada toda aquella mierda absurda. Tenía un hambre de cojones porque llevaba sin probar bocado desde las dos galletas que le había escamoteado con disimulo durante el café de las once a Inés, que estaba despistada con sus vehementes explicaciones. Oh, pero seguro que la estaba aburriendo. Tere negó por educación, mientras se tapaba la boca con disimulo e intentaba masticar en silencio; solo quería que acabase la jodida jornada, llegar a casa, comer algo y tirarse en el sofá a empezar el fin de semana como Dios mandaba. Al salir del trabajo recordó que su nevera era un desierto ártico habitado solo por pepinillos rancios, aceitunas, mostaza caducada y un bote de salchichas bañadas en un líquido turbio que no recordaba cuándo lo había abierto, así que, por mucho que le jodiera, primero tenía que parar por el súper y comprar lo básico para subsistir los siguientes dos días y medio; lo que ocurriera a partir del lunes sería cosa de la Tere del futuro. En algún sitio había leído que era mala idea hacer la compra teniendo hambre, igual que elegir un sofá después de llevar el día entero caminando o probarse unos zapatos con los pies doloridos, pero la vida no siempre era jodidamente perfecta. Recorrió los pasillos en el orden de siempre, por inercia, y metió en la cesta cuatro yogures, mantequilla, un brik de leche semidesnatada, una cuña de queso semicurado, un bote pequeño de miel de la barata y varias tabletas de chocolate con leche. Iba a coger unas galletas con las que compensar a Inés el robo de aquella mañana, pero no fue capaz de recordar la marca y temía meter la pata, así que desistió. Pasó de largo por el pasillo de las frutas y las verduras para ir directamente al de las carnes en busca de unos filetes de pollo o algo por el estilo: que fuera rápido de hacer; vuelta y vuelta en la sartén, un chorrillo de aceite, algunas especias —de las que fuera que le quedara, alguna habría—, y listo. En cuanto entró en aquel ambiente de extraña iluminación rosada, tenue y concentrada sobre las superficies sanguinolentas, y empezó a recorrer la cueva de neveras atestadas de trozos de carnes envasadas en film transparente, le vinieron como un relámpago, como un fuerte latigazo, las imágenes de aquel documental de los cojones. Joder, Inés, la madre que la parió. Jaulas insalubres hasta donde se perdía la vista repletas de aves sucias de excrementos y medio calvas de plumas, que no habían visto jamás

la luz del sol, cerdos que no podían ponerse en pie, hacinados en barrizales de mierda, que se canibalizaban los unos a los otros bajo techos de metal ignifugado, vacas estabuladas recién paridas a las que acababan de arrancarles sus terneros, conectadas a largas mangueras que mamaban su leche materna hasta dejarlas secas para saciar gordos depósitos de acero inoxidable, mataderos de suelos ensangrentados por donde se desplazaban colgados de raíles animales todavía vivos que gritaban aterrorizados mientras se les caían las tripas. Joder, Inés, maldita vegana de los cojones. Estaba hasta el coño de esa superioridad moral con la que parecían mirar a los demás, desde su elevado altar. ¿Y por qué? ¿Solo por negarse a comer carne y queso y leche y huevos? Tere había seguido mil dietas y, aunque no había continuado con ninguna, de haberlo hecho, tampoco habría esperado una medalla. No tendría que haber visto ese maldito documental aunque, estrictamente hablando, fue la propia Tere la que le preguntó a Inés. Lo había hecho simplemente por educación y porque le resultaban algo violentos los comentarios constantes que recibía de sus compañeros de oficina:

¿Y entonces qué es lo que comes? No mires, que tú no podrías comer nada de esto. Seguro que si probaras lo que traigo dejabas de ser vegana. Un día vienes a comer con nosotros y se te pasa la tontería. ¿Por qué no puedes comer esto si solo lleva un poco de queso (leche, huevo, pescado)? Pero si las gallinas van a poner huevos de todas formas, ¿es mejor dejar que se pudran? ¿Ni siquiera si son de granjas felices? Pero si las vacas están para dar leche, les sale de forma natural. ¿Si tuvieras una vaquita (gallinita, cerdito, conejito, cabrita) en la casa del pueblo, tampoco te podrías comer su (leche, huevos, carne)? Si es que para eso están. ¿Cómo? ¿Pescado tampoco? Pero yo pensé que lo que no comías era carne. ¿Qué es eso de que no llevas nada de cuero? ¿Ni lana? ¿Y eso qué tendrá que ver con los animales? No sé como aguantas comiendo todo el día lechuga. Si es que es por salud, que hay que comer variado; seguro que si te haces una analítica te sale que estás fatal.

Así que Tere se acercó a ella aquel jueves a la hora de la comida, sin poder evitar salivar en exceso por culpa del humeante aroma que salía del táper que tenía Inés delante —y que no era otra cosa que un pisto de berenjena con almendras y arroz, que dejaba en muy mal lugar su propio táper lleno de macarrones con tomate de bote y salchichas—, y le preguntó cómo coño aguantaba todas esas gilipolleces, una y otra y otra vez, prácticamente a diario. Inés simplemente alzó los hombros. Oh, ya estaba acostumbrada: eran muchos años y, además, se debía sobre todo al desconocimiento; no creía que lo hicieran con mala intención. ¿Y cómo es que le había dado por hacerse vegana, con lo coñazo que parecía? Oh, pues después de ver un documental. Tere pensó que debía tratarse de una broma: ¿cómo iba alguien a hacerse vegano por un documental? Así que cometió la

imprudencia de preguntarle qué documental había sido. Oh, uno muy viejo, y ya no estaba segura de que se pudiera encontrar. Pero hacía poco había visto otro que era mucho más impactante. Joder, eso solo hacía que a Tere le quemase más la curiosidad, a pesar de ser un tema que nunca le había interesado especialmente. Oh, pues si estaba segura de querer verlo, le enviaría el enlace, pero tenía que advertirle de que eran imágenes bastante fuertes. Así fue como Tere acabó la noche del jueves sentada en el sofá sorbiendo los últimos fideos instantáneos que le quedaban y sudando por el picante —por eso se habían quedado los últimos, porque odiaba el jodido picante—, mientras trataba de pasar a la tele el dichoso documental. Al principio creyó que era todo mentira, efectos especiales, CGI, IA. Luego pensó que podía tratarse de imágenes antiguas, de hace años, cuando todavía no existían leyes para poder evitar todas aquellas putas barbaridades, porque, joder, vivían en una sociedad civilizada y todas esas mierdas. Cuando todavía no había llegado a la mitad del reportaje tuvo que correr al baño y los fideos desaparecieron tras tirar de la cadena. Al regresar al sofá no tuvo fuerzas para volver a pulsar el *play* y, de todas formas, aquello seguro que eran imágenes sacadas de contexto, raras excepciones, grabadas en países tercermundistas. Apagó la tele y se fue a la cama con aquella terrible sensación apretándole el estómago. No logró dormir y a eso de las tres, sin pensarlo detenidamente —aunque, si lo hubiese hecho, habría llegado a la conclusión de que, joder, la culpa era de Inés—, llamó al móvil de aquella jodida vegana de los cojones, porque estaba claro que aquellas imágenes tenían que ser mentira; necesitaba que fuesen mentira. Oh, para nada, habían sido el fruto de un extenso trabajo de investigación de tres años en los que participaron algunas ONGs animalistas en colaboración con varios reporteros especializados que se habían infiltrado en granjas y mataderos de todo el país. Coño, entonces eran imágenes viejas. Oh, pero si las grabaciones más antiguas eran de hacía como mucho dos años. Ah, joder, pero es que en dos años podían haber cambiado muchas cosas; seguro que ya había leyes que evitaban todo eso. Oh, por desgracia las cosas no funcionaban así, aunque se iban dando pequeños pasos, pequeñas victorias. Joder, ¿Inés quería hacerle creer que toda aquella mierda horrible, todo lo que había visto en esa jodida pieza audiovisual de pesadilla, era verdad? Oh, pues claro que lo era. Estaba ampliamente documentado. Joder, Inés, la odiaba. ¿Qué iba a hacer ahora con su vida? Oh, pero debía tomárselo con calma. Tal vez dar un pequeño paso, puede que dejar de comer carne algunos días a la semana. Con eso sería suficiente al principio y, luego, si quería, podía ir reduciendo el consumo de productos de origen animal hasta eliminar la carne y el pescado de su dieta; eso sería ya un gran logro. Después, si le apetecía, podía dar el paso y prescindir del huevo, la leche, el queso y la miel. ¿La miel? ¿Qué cojones pasaba con la miel? Oh, pues que en el proceso de extraerla morían

bastantes abejas y, además, se les estaba arrebatando un recurso muy valioso que necesitaban. Joder, Inés, ¿por qué demonios le tuvo que preguntar por ese jodido documental? Oh, pero no debía preocuparse; solo tomárselo con calma. A la mañana siguiente hablarían en el descanso y le resolvería todas las dudas que tuviera. Pero Tere no tenía dudas, solo unas ganas terribles de arrancarse los ojos y otras todavía más intensas de asesinar a Inés. Oh, pero ya era tarde y tenían que tratar de dormir algo, que debían levantarse temprano. Tere no pudo dormir hasta bien entrada la madrugada; no podía dejar de ver ante sus ojos cerrados aquellas jodidas y terribles imágenes de bichos moribundos y agonizantes, cubiertos de heces y de sangre, y el sonido constante de los gritos barrenaba su cráneo. Cuando el despertador sonó no había dormido ni dos horas; por eso ese viernes había estado medio ida la jornada completa, por eso no había pensado demasiado en el documental y por eso apenas había prestado atención a las larguísimas explicaciones de Inés durante el descanso. Pero en aquel momento, rodeada de trozos de cadáveres envasados y con una bandeja de filetes de pechuga de pollo plastificados en la mano, no podía dejar de verlos, aunque cerrara los ojos con fuerza, y de oírlos, aunque tratara de ensordecer sus pensamientos bajo los acordes de una tonta canción de moda. Joder, Inés. Soltó los filetes y dejó la cesta abandonada en aquel pasillo de muerte. Corrió hasta la sección de frutas y verduras y al fin pudo volver a respirar. ¿Qué cojones iba a comer a partir de entonces?

Menuda mierda de comienzo de fin de semana.